me ha salido diferente de como yo pensaba. Creo que debe ser así, de la misma manera que debe ser así el asunto importantísimo de la estructura de una novela; la estructura de una novela tú no la puedes premeditar, se hace sola; esto puede parecer un poco absurdo decirlo, pero es cierto y se ve en la mesa del escritor cuando está trabajando. Una novela se hace sola en el sentido de que, si partimos de Joyce (por hablar de un monstruo) vemos que, en este ejemplo, él demostró que la mente y la vida de un personaje no es algo ordenado, lineal, que transcurre cronológicamente, sucesivamente, de una manera ordenada, sino que el cerebro de un ser humano es un batiburrillo que está constantemente cociendo. En la realidad, las cosas no ocurren con arreglo a un orden, por lo menos a un orden inteligible fácilmente. Las cosas ocurren cuando quieren, como quieren, por encima de la víctima o del personaje en cuestión. De modo que procurar acomodarse a eso, es también labor importante del escritor. Y yo lo procuro.

LVT.— ¿Eres todavía un niño, ya crecidito, de postguerra?

LOS NIÑOS DE POSTGUERRA LO SEREMOS PARA SIEMPRE

LAB.— Tanto en lo personal como en lo generacional, creo que los niños de postguerra lo seremos para siempre. Y bueno, esto es lógico y se explica con la propia cronología de nuestras vidas, cuándo nacimos, cómo empezamos a dar nuestros primeros pasos, entre qué gente y en qué condiciones, y, en este sentido, yo sigo creyendo un poco en los viejos postulados, provocados en la gente por el comportamiento y el medio de su infancia y de su adolescencia. Por otra parte, los acontecimientos posteriores, cuando ya hemos sido mayorcitos, no han venido a desmentir, mediante una dosis de ilusión grande, o a borrar de tu mente todo aquéllo. A mí hay veces que me acusan, a través de mis novelas, de sentir una excesiva nostalgia. Y puede que tengan razón. Yo mantuve una utopía y esa utopía, no solamente no se ha realizado, sino que está cada vez más lejos. Creo que ese sentido de lo utópico lo tenemos los niños de la postguerra, que en los años 70, aproximadamente, llegamos a los veinte o veintitantos años. Y creo que no se va a acabar, y, probablemente, sea bueno que no se acabe. Porque, hasta cierto punto, creo que mi generación es un poco de conciencia de otras generaciones o de personas de la misma generación que no se comprometieron y que han pasado por encima de eso como el buitre que espera a que caiga la presa para ir a por la carroña. Yo creo que es un reproche que cada vez se generaliza más, sobre todo en ciertas gentes que también fueron niños de postguerra, pero que, ni se enteraron, ni hicieron nada por reivindicar esa infancia que no pudieron tener. En el fondo, yo creo que todo es vindicación.

LVT.— ¿Crees que España es uno de los países más libres del mundo?

LAB.— No, ni mucho menos, ni muchísimo menos; creo que España es uno de los países menos libres del mundo. Me refiero al talante de las gentes, claro, no estaba pensando en las leyes, en la Constitución y esas cosas; no quiero hablar de la Justicia o de la Policía; me refiero a la gente, a cómo nos tratamos, y, evidentemente, aquí todos llevamos todavía un policía de los duros dentro del pellejo.

LVT.— ¿Cuál es tu relación con la poesía?

LAB.— Yo creo que en lo que más constante he sido ha sido en la poesía, es el género literario al que más fiel he sido, porque siempre he vuelto a él; con el teatro no me ha ocurrido lo mismo (y me gustaría). Con la poesía a mí me gusta muchísimo leer poesía; sin falsa modestia, creo que he leído mucha poesía y la sigo leyendo y, tal vez, al estar enterado de cómo van las cosas en poesía, me hace que ese complejo de inferioridad cada vez sea mayor, lo cual no quiere decir que no la escriba, pero la guardo en secreto, y seguramente nunca la sacaré públicamente a la luz.

LVT.— Proyectos...

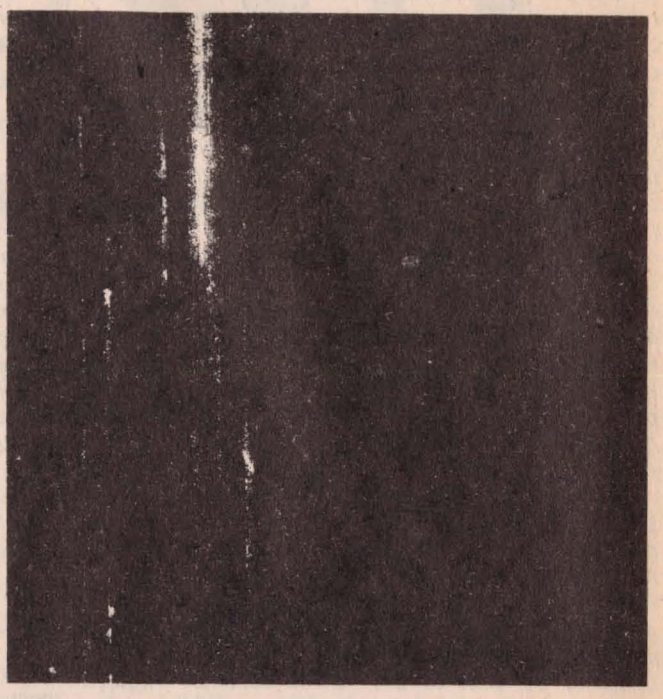
LAB.— Ahora mismo estoy trabajando en una novela, muy toledana ella; toledana muy adrede, también, donde hay una cosa que asimismo salió sola: es un ejercicio que quizás tenga cierto interés, un ejercicio lingüístico de habla toledana. Por ejemplo, la utilización de esto que tengo aquí apuntado: "Ser la risión", "ser un risión", "hacer la zanguangua", "no tener fuste", "tener menos fuste que un agujero", etc. Eso le ha dado un interés nuevo a esta novela, a parte de la historia que en ella cuento, que creo que también es muy toledana. De momento, el proyecto que tengo es acabarla: hay otra novela que está metida en la danza maldita de las editoriales; espero tener alguna noticia en este mes. La novela en elaboración tiene título, pero me vas a permitir que no te lo diga, porque sería algo así como la novia que no la puede ver vestida el novio antes de la boda.

Texto y Fotos:
Amador PALACIOS

Luis Alfredo Béjar

Aquello es lo que llamábamos Berlín

PREMIO «SESAMO» 1979



COLECCION e e

EL GRAN COMEDOR, POR EJEMPLO, es hoy un recuerdo muy, muy especial, aunque supongo que todos los recuerdos lo son, al menos para mí.

Cuando todos los días se aproximaba la hora del almuerzo, una sirvienta jovencísima —muy guapa— pero de triste expresión perenne en su cara pálida, recorría velozmente los sombríos corredores, las frías salas, agitando nerviosamente una campanilla de plata. El sonido aquél, pese a ser extremadamente débil, era al tiempo tan agudo que, curiosa e indefectiblemente, llegaba hasta los oídos de todos nosotros con nitidez extraordinaria como si fuese más bien una especie de metasonido. Esto también era un misterio explicable quizá solamente, no con razones exclusivamente acústicas, sino, en buena lógica, metafísicas. Indicios había suficientes, ya lo creo: se trataba apenas del maullido de un gato agonizante, el sonido, digo, o de un lamento humano intermitente y metálico. Al percibirlo, estaba dicho que la exigua familia toda debía cuidadosamente lavarse las manos y acudir sin demora a la llamada. Recuerdo que, como si al sonido de aquella campanilla se me hubiera creado un reflejo condicionado, siempre que lo oía surgía en mi mente una pregunta sobre el origen, los fines y el significado profundo de tan estricto matematismo. Inútil: obsesiva. A veces, estando en mi cuarto bajo la presión de un aburrimiento preocupado y tenso, yo me asomaba discretamente para ver pasar a la muchacha moviendo rapidísima, casi imperceptiblemente, su mano derecha. Yo la miraba no sé si atónito o sobrecogido, tal vez ambas cosas, como si realmente se tratase de una santa en carne y hueso, y ella, estoy seguro, me veía, aunque nunca la viera hacer un solo gesto que lo demostrase. Simplemente se iba. Se perdía tras alguna puerta, gaseosa como una aparición, y la casa recuperaba entonces el macizo silencio característico de las cosas aparentemente vacías. Era una rara sensación.

Primeros párrafos de la novela "Aquello es lo que llamábamos Berlín" de Luis Alfredo Béjar.

TINTURA MARTHAND

DE POSITIVOS Y RAPIDOS RESULTADOS

Tiñe las CANAS

con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña . 4 ptas.
Caja grande . . 6 »

DE VENTA EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Mujer Barbuda, La. 15/9/1984.